

EL ÚLTIMO LOBO

A todos aquellos que hemos pasado de los 60



Finales de los 50; los niños del barrio el Verdinal y calles aledañas (Berlín, Rosario, Ventura, etc...) jugábamos al bolindre en los catres de la aún sin adoquinar calle "Toleo" y las niñas se divertían jugando al truque y a la comba en la plazoleta, al pie del pozo, cuando la figura amable y diminuta del polifacético Jorge, de tez oscura y ojos achinados (quien lo mismo hacía de Rey Mago en la tienda de Francisco Checa -para entregar los juguetes a los niños- que iba de cosario a recoger paquetes del Saure y el Rápido en la parada del Bar de Pacífico, o ejercía también la labor de pregonero por las calles del pueblo) apareció en el centro de las cuatro esquinas, junto al Verdinal, suscitando la intriga en el ambiente. Venía, recuerdo, con un carrillo de mano sobre el cual yacía inerte la figura de un gran lobo de pelaje gris marrón, y aquella voz suya tan singular de pregonero paralizó nuestros juegos infantiles, acercándonos todos al instante, no sin miedo, a observar la feroz alimaña del carrillo. Y recuerdo muy bien, con muchísimo detalle, cómo aquel hombre menudo y bonachón, de voz ronca y potente, iba pidiendo a todos los vecinos que colaborasen con una gratificación económica a quien había quitado de la

sierra aquel sanguinario y mítico animal.

Nosotros, todos los niños de mi barrio, habíamos oído alguna historia de los lobos que tanto abundaban en la sierra por entonces y, también, conocíamos que el padre de nuestro amigo Poli (Manolo Granados) dedicaba una parte de su tiempo al descaste de aquellas fieras alimañas. Incluso yo había contemplado con mis ojos cómo los pastores de mi abuelo Pepe Andrada, Eleuterio Jarilla y Alejos, colocaban llegando la noche a los mastines unas aceradas carlanças en sus cuellos, pues hasta la suave llanura del Lentiscar bajaban los lobos desde la frondosa Sierra para atacar por sorpresa a los ovejas, pero nunca, hasta entonces, ninguno de los niños aquel día presentes habíamos visto a un lobo de verdad, en carne y hueso.

Asustados, por tanto, ante aquel mítico animal, poblador de cuentos y leyendas terroríficas, algo parecido a un perro en su tamaño, pero dueño de unos colmillos prominentes (lo que nos llamó más que nada la atención), alguien se atrevió a preguntarle al pregonero dónde le habían dado muerte a aquel bicho enorme y quién lo había hecho, respondiéndole éste al poco que lo había matado "El cano de la Sila" (Juan



Medina Doblado) y que había sido cerca de la Sierra.

Más de medio siglo después de aquel suceso, de relevante importancia para el pueblo, me reúno una tarde atípica de julio, con la atmósfera bastante fresca en estas fechas, con el protagonista de la historia en su propia casa, con idea de conocer todos los detalles de aquel lance histórico en nuestra localidad.

Juan Medina, a sus 81 años de edad, todavía conserva una vitalidad enorme, a la vez que derrama una cordialidad inmensa que a mí me contagia por su fuerza acogedora. Sentado a su lado, en el amplio comedor de su cálida casa, con su esposa de testigo, empieza a narrarme los detalles del suceso y yo voy tomando nota del relato. "Fue en las Posadillas, en el cortijo de Digno, que queda bastante cercano al de Roberto -dice son su simpatía característica-, alrededor del año 1960". Juan toma un respiro, me mira con confianza y, al instante, prosigue el relato emocionado: "Por entonces los lobos ya se habían comido algunos cochinos de los nuestros, pero nunca ocurrió dentro de las zahúrdas. Hasta que una noche mi padre se dio cuenta de que habían faltado un par de lechones. Y en principio pensamos que había podido ser cualquier ladrón, pero luego vimos huellas de un lobo en el estiércol que habíamos sacado fuera de las zahúrdas, y, sin pensárnoslo mucho, la verdad, decidimos poner un cepo atado a un haz de leña".

Juan me sigue diciendo que, algunos días más tarde, alrededor de las 2 de la madrugada, sintieron un gran alboroto y el ladrar de los perros nerviosos, por lo que salieron de la casa y, alumbrándose con candiles y un carburo, pudieron observar cómo el lobo había entrado una pata en el cepo y no podía escapar. "Con la mano atrapada -prosigue Juan- allí, en el cepo, intentaba arrastrar como podía el haz de leña, pero los perros lo habían acorralado y se peleaban con él valientemente, por lo que mi padre le apuntó con la escopeta e intentó dispararle, pero no lo quiso hacer porque podía herir a uno de los perros, así que me dijo que fuese a por un palo para ver si así lo podíamos matar".

Ante la expectación de su mujer y la mía propia, el protagonista de esta historia hace un breve descanso, toma aire y continúa: "Eché mano -me dice- a una estaca muy

larga que vi sin desbistar y que era, por cierto, muy gruesa por un lado. Mientras, mi padre, nervioso, me gritaba que le pegase cuanto antes un estacazo, porque él no podía disparar con la escopeta. Así que me fui para el lobo y le aticé un palo muy fuerte, pero se lo di en la espalda, aunque luego, ya en el segundo, apunté bien y acerté a pegarle un mochazo en la cabeza con toda mi fuerza, así que el lobo quedó listo y cayó como un toro tras darle la puntilla. Luego, al no fiarnos demasiado de que hubiera ya muerto, dicen que tienen siete vidas, cogimos al lobo y lo acercamos hasta la casa". Aquí, la voz de Juan se hace más tenue y añade al relato un tono aún más misterioso: "Entonces, curiosamente -me comenta-, pasamos cerquita de una cochina vieja que teníamos allí y ésta al verlo dio un rebufo y se puso nerviosa, pero entonces me di cuenta que el lobo iba muerto y ya ni se coscó".

Con el tono atractivo de quien narra una leyenda, en este caso un hecho verosímil, Juan relata que en el escenario estuvieron presentes sus hermanas Lali y Maruja y que, al principio, antes de que él le pegase al lobo el estacazo, ellas se habían agarrado al haz de leña para que la alimaña no lo pudiese así arrastrar. Añade también, como anécdota curiosa, que estaba con ellos también Manolo, el Mudo, que por esas fechas era un adolescente y trabajaba con ellos en el cortijo, añadiendo que, al quitarle la tranca a la puerta del pajar para entrar al lobo, la burra se escapó y fue a guarecerse, en su nerviosa huida, en la habitación donde dormía el mudo -que allí estaba asustado arropado en una manta- mordiéndole, según dice, un poco en los pies. Juan prosigue el relato añadiendo menudencias y curiosas anécdotas de aquella mágica aventura, hasta que concluye diciendo que aquel lobo, el último de los que pasearon por el pueblo, puso el punto final a unos años de leyenda en los que los villadunqueños muchas veces cuando iban al monte oían el aullido de los lobos perdidos en las hondas espesuras de la Sierra produciendo una atmósfera en el entorno de terror.

Con la muerte del último lobo de la Sierra, ésta también pareció morir un poco y las muchas familias que desde el paraje del Cuartanero hasta el cerro El Sordo poblaban esos pagos, y con mucho sudor y esfuerzo conseguían cosechas raquíticas viviendo en casas muy pequeñas (pasando las lóbregas

noches invernales bajo la luz de un carburo o de un candil), con la humilde calefacción de una candela, fueron dejando la Sierra abandonada, de tal modo que, a finales de los 60, aquellos parajes hermosos, exuberantes, habían sido comidos por la despoblación. El monte invadió las zonas de cultivo, y los huertos pequeños, las fuentes y los chortales, fueron devorados enseguida por las zarzas. Sólo se salvaron las zonas de olivar del brutal abandono que cubrió la sierra entera y, así, cada año, al llegar la Navidad, los montes tan solos volvían a llenarse de calor con la gente del pueblo que iba a la aceituna, recobrando unos días el bullicio de otro tiempo. No obstante, a finales de enero aquellos montes se volvían a inundar de una soledad profunda, una soledad que, poco a poco, fue habitándose, o mejor repoblándose, con nuevos moradores: ciervos y jabalíes que introdujeron -hablo de los primeros sobre todo- los miembros de ICONA cuando fueron transformándose aquellos cerros de jaras, quejigos y zarzales por líneas fragantes de pinos que fundaron una perspectiva distinta del lugar.

En los últimos años el lobo ha vuelto a

aparecer en el mágico entorno de las sierras de Cardeña y Montoro, y probablemente, si lo dejan y lo permiten, volverá a recobrar su antiguo hábitat, el de nuestra Sierra: esperemos que así sea, siempre que, por supuesto, no haga daño ni destruya el trabajo y la labor de los ganaderos, y sí ocurre algo estos sean indemnizados como el caso lo merece. Y, metafóricamente, si con ello, con la vuelta feliz del lobo a nuestros montes, también fuese posible el regreso a nuestra tierra de nuestros paisanos que emigraron ya hace décadas a tantos rincones de la geografía española, este mítico cuento -aquí verídico relato- milagrosamente tendría un final feliz.

NOTA: Mi sincero agradecimiento al Cano de la Sila (Juan Medina Doblado), sin cuya aportación esta historia no hubiese sido escrita nunca y, también, a mi hermano Alejandro por la corrección literaria de este texto.

Manuel López Andrada

buenestad
Imprenta

957 14 00 41
 imprentabuenestado@gmail.com
 correo@imprentabuenestado.es
 www.imprentabuenestado.es

Claudio Moyano, 7 y 11
 14270 HINOJOSA DEL DUQUE (Córdoba)

OFFSET
 TIPOGRAFÍA
 IMPRESIÓN DIGITAL
 PLOTTERS
 DISEÑO GRÁFICO
 SELLOS CAUCHO
 SOBRES
 CATÁLOGOS
 REVISTAS
 MÚSICA
 REGALO
 OFIMÁTICA
 PAPELERÍA
 LIBRERÍA
 JUGUETES

